

JAIME RAMÍREZ GARRIDO

DEL PERÚ INTENSO

Una vez que Mario Vargas Llosa ha exorcizado en *El pez en el agua* sus demonios de la política para asumirse plenamente escritor, vuelve al tema de la revolución. Esta vez de manera muy diferente a la que leímos en *La historia de Mayta*. Los revolucionarios son otros y el autor también; ahora la ideología está más cercana del delirio y la praxis parece que intenta reproducir las profecías del Apocalipsis. Para acceder a esta realidad que se debate entre el mito y la historia, el novelista se propone la ambiciosa tarea de aprehender el caos y ofrecérmolo de manera inteligible.

Lituma, luego de su paso por *La casa verde*, *La historia de Mayta* y *¿Quién mató a Palomino Molero?*, es transferido a los Andes. Con ayuda de su asistente, Tomasito, se propone resolver el misterio de tres ciudadanos desaparecidos. Cada uno tiene una historia confusa donde se observa un Perú que, entre el arraigo a sus mitos milenarios, a las supersticiones de los serranos, los derrumbes y el terror sembrado por Sendero Luminoso, se encuentra en desintegración. La acción se desarrolla en Naccos, "entre nubes algodonosas y panzudas"; entre terrucos, bombazos, ajusticiamientos populares, lejos de la tierra de Lituma. Este escenario es la arena de luchas donde combaten el Perú civilizado y el Perú bárbaro.

El desfile de personajes y de sus historias conforman un entramado narrativo que poco a poco dejan ver ese Perú profundo que sale a la superficie y se niega a desaparecer. En esta novela los senderistas aparecen sin rostro, los conocemos sólo por sus acciones, acciones que paulatinamente se van explicando por una milenaria tendencia hacia la violencia y la crueldad en las tierras altas del Perú; la mirada del extranjero fascinado por el Perú porque no lo entiende —un investigador escandinavo— es un punto de vista ilustrativo; toda cultura antigua fue cruel e intolerante si se le juzga desde la perspectiva actual; sin embargo, lo que pasa en el Perú es una resurrección de esa violencia. "Como si hubiera estado escondida en alguna parte y, de repente, por alguna razón, saliera de nuevo a la superficie." Y esa violencia arcaica vuelve no sólo en la representación de los senderistas o terrucos, vuelve en las más diversas

manifestaciones para conformar una realidad complejísima donde civilización y barbarie, bien y mal, vida y muerte se confunden al perderse todo referente para enfrentar una realidad que no es ni la de los primeros habitantes de los Andes ni la de los peruanos actuales.

Los apus y pishtacos, personajes principales de esas tradiciones ancestrales, han salido de las cuevas y las minas para vengarse de los mortales y anunciar su desacuerdo con la modernidad, representada por una carretera que, como la modernidad peruana, nunca llega a ningún lado. A través de pequeñas viñetas que tienen su lugar en la trama principal, Vargas Llosa nos sirve de Virgilio por ese infierno invertido donde la inocencia es lo que más severamente se cobra.

En contraste con la inocencia del mudo desaparecido, Lituma ha madurado desde *La casa verde* y ahora es personaje principal. Sin embargo hay otros dos protagonistas que destacan por ser representaciones de la alegoría de la desintegración peruana: éstos son el cantinero Dionisio y su mujer, la bruja Adriana. Los nombres de los personajes transparentan su función en la novela: Dionisio, como el dios griego Dionisos, representa los avatares del caos y la relativización del bien y el mal; Adriana, como la Ariadna griega, tiende el hilo guía para franquear el laberinto

que conecta al Perú mágico con el "real". Pero como buena novela de Vargas Llosa, ésta también tiene su otra historia. La historia de amor de Tomasito y Mercedes es también alegórica: más allá del bien y del mal, el amor salva. La fascinación por la violencia tiene su contraparte en la locura de amor:

¿No tienen todos su locura, aquí? ¿No están locos los terrucos? ¿Dionisio, la bruja, no andan rematados? ¿No estaba tronado ese teniente Pancorvo que quemaba a un mudo para hacerlo hablar? ¿Quieres más locumbetas que esos serruchos asustados con mukis y degolladores? ¿No les faltan varios tornillos a los que andan desapareciendo a la gente para calmar a los apus de los cerros? Por lo menos, tu locura de amor no le hace daño a nadie, salvo a ti solito.

La metáfora del Perú como el reino de Dionisos es transparente, quizás demasiado transparente. Pero *Lituma en los Andes* nos deja la lección de que si los sueños de la razón engendran monstruos, los delirios de la tradición no sólo traen consigo a nuestros muertos sino a la muerte misma:

¿No hay muertos por todas partes? Matar es lo de menos. ¿No se ha vuelto una cojudez, como mear o hacer la caca? No es eso lo que tiene jodida a la gente.

Y es esa cotidianidad fúnebre la que reina cada día y cada noche del Perú serrano y terruco, donde sólo el amor redime. ■

Mario Vargas Llosa: *Lituma en los Andes*, Planeta, Barcelona, 1993. 312 pp.

